

# EL BLOQUEO A CUBA: RELACIONES ENTRE EUROPA OCCIDENTAL Y CUBA DURANTE LA REVOLUCION

---

*George Lambie*  
Universidad De Montfort  
Inglaterra

**E**l miércoles 15 de marzo de 1995, el Centro de Investigaciones del Caribe y América Latina (CISCLA) de la Universidad Interamericana de Puerto Rico, Recinto de San Germán, llevó a cabo una conferencia sobre «El bloqueo a Cuba: Relaciones con Europa Occidental y Cuba durante la Revolución». Esta actividad estuvo a cargo del Dr. George Lambie de la Universidad De Montfort de Inglaterra. Este, junto al profesor Alistair Hennessey es autor del libro **El bloque fracturado** que publicó la Editorial Macmillan en 1994.

El argumento de la charla fue que la Revolución Cubana, que empezó en 1959 con la dirección de Fidel Castro, no hubiera tenido tanto éxito, y tal vez habría fracasado si los aliados estadounidenses en la Europa Occidental hubieran aceptado los deseos de Washington de apoyar el bloqueo de Cuba. La falta de solidaridad de

los aliados occidentales en el asunto del comercio con el gobierno de Castro, nos dice Lambie, permitía a Cuba mantener sus mercados de divisas con la exportación y de este modo pudo comprar la tecnología esencial para su proceso de desarrollo que siguió a la revolución.

El objetivo del bloqueo de Cuba por los Estados Unidos, nos dice el conferenciante, especialmente después del fracaso de la invasión de la Bahía de Cochinos en 1961, y la Crisis de los Misiles de 1962, era el de estrangular el desarrollo cubano, al negar a la isla no sólo la tecnología sino también los mercados norteamericanos, de los que la economía de la Cuba prerrevolucionaria había dependido casi por completo. Por supuesto, a medida que Cuba fortalecía sus relaciones con la Unión Soviética y la Europa del Este, nuevos mercados y fuentes de importes fueron abiertos aunque la tecnología del bloque soviético era a menudo de un nivel inferior al de la norteamericana, y muchas veces inapropiada en el ambiente caribeño. Así pues, el acceso a la tecnología de la Europa Occidental de buena calidad no fue un sustituto temporal en el proceso del desarrollo cubano, sino más bien una necesidad a largo plazo.

Además del valor económico para Cuba de su acceso a la tecnología y los mercados occidentales, la oportunidad de comerciar libremente con los aliados de Washington sirvió para socavar la estrategia política del bloqueo. Fuera de las Américas la política de los Estados Unidos hacia Cuba fue vista en general como una disputa regional influenciada por la percepción histórica que los Estados Unidos tenían de Cuba como apéndice de su confederación de estados, más que una nación realmente independiente, y otras obsesiones nacidas de la Doctrina Monroe. Este punto de vista no era el que Washington deseaba; más bien quería presentar a la Cuba socialista y su alianza con el mundo soviético, como una estrategia y peligrosa penetración en el sistema de seguridad occidental. La mayor parte de los líderes europeos, sin embargo, particularmente de la resolución de la Crisis de los Misiles, no vio a la revolución cubana y las relaciones de Cuba con Moscú como una amenaza o una intensificación de la Guerra Fría.

Los europeos occidentales, enfatizó Lambie, eran generalmente menos susceptibles a la insurrección y al comunismo que los Estados Unidos. Después de la Segunda Guerra Mundial los poderes europeos tuvieron que confrontar los movimientos de liberación en sus colonias, en las que muchas veces usó la violencia para ganar la libertad. Como consecuencia de esto, los europeos tuvieron que aprender a vivir con la pérdida de influencia en sus imperios, e incluso a veces consiguieron transferencias de poder con beneficios mutuos para ellos mismos, y el nuevo régimen, como en el caso de la Francia poscolonial en sus relaciones con Argelia.

También era claro al final de la guerra que Washington quería una reducción de la influencia imperial europea, para proseguir con más libertad sus ambiciones estratégicas y comerciales por todo el mundo. Esto se demostró durante la crisis del Canal de Suez, cuando a pesar de la «amistad especial» de los Estados Unidos con Gran Bretaña, Washington se negó a apoyar a su mejor aliado en esta aventura imperial mal concebida.

Además de haber aceptado en gran parte la pérdida de su poder colonial, las naciones de la Europa Occidental estaban acostumbradas a vivir con el comunismo al otro lado de la calle. No sólo la línea fronteriza de la Guerra Fría pasaba por el centro de Europa, con los misiles soviéticos a unos minutos de sus blancos, sino también las naciones capitalistas europeas tenían, en sus mismos países, poderosos partidos comunistas que simpatizaban con Moscú.

Dada la experiencia de la Europa Occidental con las insurrecciones y el comunismo no es sorprendente que vieran a la Revolución Cubana con mucha más calma y comprensión que los Estados Unidos. Para muchos europeos, nos dice el conferenciante, la insurrección cubana era, en su modo de pensar, nada más que el primer movimiento radical nacionalista y anticolonial que había experimentado Washington en su esfera de influencia, y ellos no podían entender por qué este movimiento invitó a una reacción tan extrema y dramática como la de los

Estados Unidos. En verdad, la mayoría de los líderes europeos, incluidos los de la derecha, pensó que el modo de reaccionar de Washington, y como consecuencia su fracaso al manejar la crisis cubana había provocado la decisión de Castro de buscar el apoyo de la Unión Soviética y proclamar a Cuba como un país socialista. Finalmente, Cuba está muy lejos de Europa y, por lo tanto, el problema era esencialmente americano.

Mientras los europeos encontraban que las preocupaciones de Washington con la Cuba revolucionaria eran aburridas y molestas, lo que era realmente interesante para ellos era que esta isla, que en el pasado había sido controlada por los Estados Unidos y vivido bajo su influencia total, excluyendo una penetración comercial europea, era de repente un mercado abierto para libre comercio. Inmediatamente después de la Segunda Guerra Mundial, la industria europea estaba en ruinas y sólo los Estados Unidos podían suministrar al mundo los productos manufacturados. Al final de la década de los cincuenta y a primeros de la década de los sesenta la reconstrucción europea había terminado y sus empresas comerciales estaban tratando de recobrar los mercados perdidos a los Estados Unidos y ganar acceso a otros nuevos. Los poderes europeos también defendían con vigor sus derechos históricos a comerciar libremente con todo el mundo, y miraban con sospecha las tendencias de los Estados Unidos a la monopolización comercial y el proteccionismo respaldado por su gigantesco mercado interno.

Dadas las discrepancias mencionadas entre los Estados Unidos y la Europa Occidental, el bloqueo a Cuba nunca podía ser tomado seriamente por los europeos, nos enfatiza el Dr. Lambie. De acuerdo con ellos, estaba mal dirigido políticamente, y desde el punto de vista comercial no era práctico; y finalmente tenía implicaciones inaceptables extraterritoriales.

Hacia 1964 una vez que las tensiones inmediatas estadounidenses con respecto a la revolución cubana habían disminuido, y precisamente cuando Washington había aceptado, a su pesar, que el único modo realista en

el que ellos podían perjudicar al régimen de Castro era a través de un bloqueo prolongado, los negocios europeos empezaron a buscar amplias relaciones comerciales con la isla. En términos económicos y prácticos fue la decisión de Cuba, en 1963 de volver a enfatizar la producción de azúcar y la subida de los precios de ésta en el mercado mundial lo que hizo florecer estas nuevas relaciones comerciales.

En el caso de la Gran Bretaña, la primera nación europea en firmar un contrato sustancial, para el suministro de productos manufacturados al gobierno de Castro, los motivos para el acuerdo y el comercio subsecuente se basaron casi completamente en un pragmatismo comercial. El comercio francés con Cuba que se desarrolló poco después de la entrada de los británicos en el mercado fue, sin embargo, no sólo pragmático, sino también político. De Gaulle no se fiaba de los Estados Unidos y nunca dejó escapar ninguna oportunidad para provocar a Washington. El comercio español con la Cuba de Castro fue quizás el más sorprendente, porque Franco era el anticomunista más acérrimo en Europa y un fuerte aliado de los Estados Unidos, pero los lazos históricos y culturales entre España y Cuba parecen haber anulado la diferencia política abismal que existía entre estos dos regímenes y sus líderes. Sin embargo, mientras el concepto algo nebuloso de la «hispanidad» tuvo un papel en la continuación y expansión del comercio español-cubano después de 1959, las crecientes necesidades de España de azúcar y su afán de encontrar mercados para su naciente industria manufacturera fueron de una importancia primordial.

Durante la segunda mitad de los sesenta y ya en décadas de los setenta y ochenta los europeos occidentales continuaron comerciando ampliamente con Cuba y a partir de la década de los setenta el bloqueo de Cuba fue roto casi con impunidad no sólo por los europeos, sino también por los japoneses e incluso por los canadienses. El pragmatismo comercial fue el que dictó el volumen del comercio con Cuba y no el bloqueo.

Ahora en la década de los noventa al punto de

partida y otra vez la Europa Occidental está preparada a suministrar oxígeno a una Cuba en estado de crisis, mientras Washington renueva sus esfuerzos para asfixiar a su enemigo. Con el colapso del bloqueo soviético, Cuba ha experimentado una dislocación de su comercio externo y esto ha empeorado las condiciones internas para la población y ha bajado el nivel de vida a extremos no conocidos durante la revolución. Privados de sus antiguos aliados socialistas Cuba está orientando ahora su economía hacia el mercado capitalista internacional. Mientras Washington continúa vilipendiando al gobierno de Castro e igualmente negando el proceso rápido de reforma que está teniendo lugar en la isla. Incluso la Unión Europea ha relajado recientemente su política de cautela con Cuba y ahora parece deseosa de proporcionar ayuda para el entrenamiento en prácticas comerciales europeas y técnicas de gerencia comercial.

Finalmente, es el parecer del Dr. Lambie que en la década de los noventa, como en los primeros años de los sesenta el deseo de los europeos de comerciar y mantener relaciones normales con Cuba no puede por sí mismo salvar a la revolución, pero tal vez pueda de nuevo debilitar la legitimidad y la eficacia económica del bloqueo estadounidense, dando lugar a que Cuba pueda maniobrar en tiempo de crisis. Además, con el fin de la Guerra Fría y la creciente búsqueda competitiva a nivel global, parece más difícil hoy que Washington pueda conseguir el aislamiento de Cuba, no habiéndolo conseguido en el pasado.

En: **CISCLA Informa Reports**. Boletín/Newsletter, setiembre de 1995.

